

David Hernández de la Fuente

Oráculos griegos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2008
Segunda edición: 2019
Primera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: John Collier. *Sacerdotisa de Delfos* (detalle). Art Gallery of South Australia, Adelaide, Australia.
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© David Hernández de la Fuente, 2008
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-393-4
Depósito legal: M. 291-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo: Los oráculos griegos y el hombre de hoy
- Primera parte: Origen y formas de la adivinación en la Antigüedad
- 25 1. El arte de Apolo: los orígenes de la adivinación
- 58 2. El don de Casandra: la adivinación inspirada
- 72 3. El don de Héleno: la adivinación interpretada
- Segunda parte: Funciones de los oráculos griegos
- 91 4. La adivinación como ideología: mito, literatura y pensamiento
- 118 5. La adivinación y la religión: rito e identidad cultural
- 151 6. La adivinación en la sociedad y la política
- Tercera parte: Oráculos del mundo griego
- 199 7. La voz de Apolo: Delfos, Delos, Dídima, Claros
- 228 8. La voz de Zeus: Dodona y Siwa
- 246 9. Viajes y curaciones oníricas: de Lebadea a Epidauru
- 268 Epílogo: El crepúsculo de los oráculos
- 278 Bibliografía
- 287 Índice analítico

*El término destinado a todas las cosas
lo conoces Tú y todos sus caminos:
cuántas hojas de la tierra en primavera brotan y cuánta
arena, en la mar y los ríos,
al batir de las olas y el viento se amontona. Lo por venir, y de dónde
ha de llegar, bien lo sabes Tú ver.*

Píndaro, *Pítica* IX 44-49.

Prólogo

Los oráculos griegos y el hombre de hoy

Cuando en 1842 el escritor inglés Thomas De Quincey abordó el tema de los oráculos griegos se encontró con un dilema extraordinario. Cómo escribir un ensayo acerca de un asunto que, según se trataba con más profusión en la literatura especializada, aparecía más evanescente y misterioso, entre el secretismo pagano, los testimonios nebulosos de la Antigüedad y los prejuicios de sus transmisores cristianos, multiplicados a su vez por los de los estudiosos modernos. A medida que profundizaba en ello, resultaba evidente que no se trataba tanto de estudiar lo que puede saberse con mayor o menor certeza sobre la adivinación antigua para la historia de las religiones, sino más bien de una indagación concerniente a la propia naturaleza humana.

En efecto, la ambigüedad entre la creencia ciega y el cuestionamiento escéptico de lo sagrado, ya desde los antiguos pensadores como Jenófanes o Demócrito, es parte

central de la fascinante historia de los oráculos y, cómo no, de la propia historia de la humanidad. De Quincey quiso poner de manifiesto que el tema de los oráculos paganos no era sólo asunto de anticuario, sino que evidenciaba como pocos otros los prejuicios de los estudiosos y el peso de las convenciones sociales de su propia época. Y, aún hoy, en la distancia relativa que media entre los antiguos y nosotros, puede ser objeto de reflexión en un libro como el que aquí se presenta.

Es curioso constatar cómo el hombre, animal racional y político, ha dado crédito a todo tipo de presagios y profecías sobre su futuro personal o colectivo desde la Antigüedad clásica hasta nuestros tiempos. La creencia en las señales del futuro y en la facultad de algunas personas o medios para adivinarlas e interpretarlas parece un aspecto profundamente arraigado en la naturaleza humana y relacionado con los consensos básicos de la convivencia social y política y con la relación entre el hombre y lo divino. Dentro de la gran variedad de cuestiones que se plantean al emprender un ensayo sobre los oráculos de la antigua Grecia, procede antes que nada esbozar los puntos preliminares sobre el tema: el concepto de adivinación, sus orígenes y fuentes, sus funciones y características y, por último, su tipología. A ello se dedicarán estas líneas a modo de introducción de un estudio que se centrará, sobre todo, en la Grecia arcaica y clásica.

En la Antigüedad, la adivinación era una fuente de saber religioso que permitía conocer el futuro, pero también, en cierto modo, obrar de la mejor manera con respecto a ese posible porvenir, conjurando las fuerzas divinas. Sólo

hay que reparar en la abundante presencia de oráculos en la mitología y en los ciclos épicos de la literatura antigua, así como en su papel fundamental en la tragedia griega y en el resto de la literatura clásica –desde la poesía a la historia o la filosofía–, para tener una primera idea de la importancia de la adivinación en el mundo griego. Delfos, el principal santuario mántico de la antigua Grecia, era a la vez un símbolo cultural de todos los griegos, independientemente de sus ciudades o rivalidades, y un lugar de obligada peregrinación para consultar su oráculo y asistir a los diversos festivales religiosos, artísticos y deportivos que allí se celebraban: situado en el centro del mundo, en el *omphalós* u ombligo de la tierra, el templo de Apolo, donde su sacerdotisa, la Pitia o pitonisa, emitía sus vaticinios en trance, representaba la esencia de la identidad panhelénica.

Para los griegos, la auténtica adivinación o *mantiké techné* se relacionaba con la *manía*, la locura sagrada que infunde el dios al profeta para transmitir en trance sus visiones. El arte de adivinar procedía así, principalmente, de la inspiración de Apolo, pero había otras formas de conocer la voluntad de los dioses, basadas en la observación de señales, astros, prodigios. Era ésta una antigua distinción que, a nuestro propósito, encarnarán dos personajes míticos, Casandra y Héleno, hijos del rey troyano Príamo, que practicaban, respectivamente, cada tipo de adivinación.

Mito, leyenda e historia confieren a los oráculos un lugar preeminente en la cultura antigua. La voz de los dioses tenía una presencia cotidiana entre los griegos gracias a la adivinación: la religión griega, carente de dogmas o libros

sagrados, miraba a Delfos y a los otros oráculos como la más alta autoridad religiosa, de consulta preceptiva para ciudades y particulares a la hora de resolver cualquier tema problemático que superase los límites del conocimiento humano. En definitiva, se trataba de una forma de comunicarse con el más allá, una suerte de mediación ante dioses y potencias sobrenaturales para obtener el mejor trato en este mundo y en el otro. Y existía cierta ambivalencia negociadora, por otra parte muy humana, que se ve tanto en el mito como en los oráculos transmitidos, ya sean históricos o literarios.

Por ello los oráculos, en más de un sentido, se mueven en un terreno ambiguo. Los testimonios que se han transmitido en las fuentes literarias con preguntas y respuestas oraculares se sitúan entre la historicidad y la ficción, como, por ejemplo, los numerosos oráculos que refiere Heródoto, entre otros autores antiguos. La intención literaria, ejemplarizante o propagandística de estos testimonios los hace poco fiables para el historiador de las religiones, aunque enormemente atractivos para el lector. Otros casos nos acercan más a la historia, como las inscripciones que se conservan sobre piedra, a cargo de una ciudad o un particular, para recuerdo de la profecía o en agradecimiento a la divinidad, o las numerosas fuentes literarias o arqueológicas con preguntas al dios, listados de consultantes, etc. Se podría hablar por tanto de oráculos históricos, transmitidos por contemporáneos, y pseudohistóricos, cuando son compilados por un autor posterior que les atribuye autenticidad, frente a los oráculos legendarios, que pertenecen al ámbito de los mitos, y los puramente ficticios, compuestos por motivos literarios, entre

ellos muchos creados como adorno o como moraleja de una narración.

Pero también era ambivalente la actitud con que se acercaban los antiguos a sus oráculos, tratando de obtener los mejores vaticinios del dios en una empresa pública o privada mediante la formulación más apropiada y cuidadosa de las preguntas. A esto se añade que la tradición atribuía a las respuestas del oráculo una proverbial ambigüedad en la expresión de las respuestas, con metáforas y enigmas en cuya interpretación se encontraba muchas veces la clave del éxito o fracaso de la cuestión. De la correcta interpretación del acertijo de Apolo, por ejemplo, podía depender no sólo que Edipo se alejara de sus auténticos padres, sino también la supervivencia de Atenas contra los persas, salvada por la famosa «muralla de madera» de Salamina, que resultó ser una enigmática referencia a la flota ateniense. Como bien decía el presocrático Heráclito, «el dios cuyo oráculo está en Delfos ni dice ni oculta, sino da señales».

La adivinación tenía un doble carácter público y privado. Por un lado, los gobernantes consultaban a oráculos y adivinos antes de cualquier tipo de proyecto o acción, para ver si contaban con el apoyo de los dioses. De otra forma, podían ser acusados de impiedad o culpados si la empresa fracasaba. Toda cuestión especialmente polémica o peligrosa –como lo es, por excelencia, la guerra– quedaba así en la esfera de lo divino, que aglutinaba las voluntades humanas. Pero, por otro lado, los ciudadanos preguntaban al dios por sus preocupaciones cotidianas, el éxito de sus negocios, si debían casarse, si tendrían hijos, etc. Así, pese a la amplia variedad de asuntos sobre

los que versaban las consultas, se pueden dividir en tres campos a grandes rasgos: las decisiones religiosas o políticas, los consejos para la vida del día a día –*res divinae* y *res publicae*, junto a *res domesticae et profanae*, como las clasificaba Fontenrose (1978)– y, en tercer lugar, los asuntos de la salud, una constante en las preocupaciones humanas desde siempre. Ciertamente se puede constatar que las preguntas a los oráculos de los antiguos no difieren mucho de las que hoy siguen tocando de cerca al ser humano.

Ya fuera en los santuarios oraculares, los lugares donde se entraba en contacto con lo sobrenatural –no sólo dioses, sino también héroes o muertos– para saber qué había de ocurrir, o ya fuera mediante adivinos, fijos o ambulantes, de diversos procedimientos proféticos, la mántica era una institución social sumamente regulada y con un papel fundamental en aquel mundo antiguo que reconocemos como brillante origen del nuestro: la Grecia clásica. En cuanto a los primeros, los oráculos eran lugares liminales entre nuestro mundo y el más allá que se encontraban por lo general junto al agua, elemento de mediación por excelencia, ya fueran fuentes como Castalia o lagos como el Averno. También se localizaban junto a las tumbas de los héroes, en las inmediaciones de cuevas, cavernas y agujeros en la tierra, que comunicaban con el reino subterráneo e implicaban un descenso a los infiernos, como se ve en la célebre consulta de Ulises con los muertos que describe Homero en la *Odisea*. Por otro lado, había ciertos profesionales de la adivinación, de actuación independiente y mayor o menor movilidad geográfica o política: los adivinos fijos, con puesto oficial en las ciudades, guardaban las

colecciones de vaticinios e interpretaban diversos prodigios y señales en interés del Estado. Los profetas errantes, con fama y prestigio místico para todo tipo de consultas, marchaban de ciudad en ciudad en la Grecia arcaica, como es el caso del cretense Epiménides. El saber de estos adivinos y profetas, legendario y anterior al establecimiento de los oráculos en santuarios, estaba basado en la inspiración divina o en diversas técnicas como la observación del cielo y de las aves, el sacrificio de un animal y el examen de sus vísceras, o el azar de los dados y combinaciones.

Pero consultar la opinión de los dioses suponía acercarse peligrosamente a los poderes del más allá. Y como toda comunicación formal con instancias superiores, su codificación estaba enormemente ritualizada y requería un sacrificio previo, como pago y ofrenda propiciatoria, así como una purificación del consultante, literal o litúrgica. Muchos de estos preparativos para la comunicación adivinatoria, e incluso el proceso de consulta en sí, se configuran antropológicamente como ritos de paso o iniciaciones vinculadas con la religión antigua. El procedimiento para formular la pregunta a un dios, un héroe o un personaje del más allá representa las más de las veces un viaje del consultante: ya sea un desplazamiento largo y costoso al lugar del oráculo, por ejemplo, el oráculo de Apolo en Delfos, el de Zeus en Dodona o el de Amón en el oasis de Siwa, ya sea un viaje onírico o simbólico al mundo de los muertos, como sucedía en el santuario de Trofonio en Lebadea o en los oráculos de necromancia.

Así, durante más de un milenio –el tiempo que media entre los primeros testimonios literarios de los oráculos

en Homero hasta su progresiva erradicación por los emperadores cristianos en los siglos IV y V de nuestra era— la adivinación proliferó en el mundo antiguo, tanto griego como romano, y contó con una clientela estable y fiel. En la Grecia arcaica y clásica, la época en que se centra este libro, el desarrollo de la mántica y de sus funciones —en los múltiples santuarios que existieron— alcanzó todos los estratos de la sociedad e influyó sobremanera en un mundo fragmentado y en constante tensión política y religiosa entre ciudades y grupos sociales. La caída de la polis cambió el panorama y desde la época helenística en adelante, sobre todo bajo el Imperio romano, los oráculos entraron en crisis: la adivinación pública quedó como monopolio estatal y la privada en manos cada vez más de profetas ambulantes del azar.

En definitiva, la adivinación fue en la época que nos ocupa un fenómeno religioso, social y político de larga trayectoria sin el cual no se puede entender el complejo mundo griego. La democracia ateniense, a diferencia de las modernas democracias de hoy, no podría explicarse sin el recurso a los *manteis*, sacerdotes oficiales encargados de preguntar a los dioses si las decisiones políticas eran las adecuadas, como refieren los antiguos historiadores. Algo semejante pasará también en la Roma republicana, en la que el Senado ordenaba consultar los libros sibilinos en ocasiones de trascendencia y nada se llevaba a cabo sin tener en cuenta los pertinentes auspicios y augurios. La opinión de los dioses era, por tanto, vinculante para la política clásica, incluso en los regímenes participativos que han devenido modélicos en la posteridad. Y a ello no era ajeno ni siquiera el filósofo

Platón, quien, en su constitución de la ciudad ideal de las *Leyes*, establece ciertas consultas obligadas al oráculo de Delfos.

De tal manera, un libro sobre los oráculos y adivinos de la Grecia clásica puede decirnos mucho acerca del hombre antiguo y de su tiempo, pero sin duda también ilustrará otros aspectos que han permanecido en épocas posteriores hasta llegar al hombre de hoy. Como ocurre con todo estudio sobre religión, historia o mitología clásica, no ya sus conclusiones sino su propio desarrollo, supone profundizar en el conocimiento de la condición humana. En nuestros días los vaticinios son un tanto diferentes: siguen proliferando, como recuerda George Steiner en su ensayo *Nostalgia del absoluto*, los horóscopos y oráculos cotidianos, los intérpretes de sueños, la astrología o la quiromancia, tal vez un remedio de fácil consumo ante la falta de otros valores. A la vez, seguimos recibiendo sin cesar todo tipo de pronósticos y oráculos, aunque camuflados bajo denominaciones modernas, como meteorología, encuestas, estadísticas, demoscopia o mercadotecnia. Por ello, resulta un ejercicio sumamente útil volver una vez más la mirada hacia atrás, a la Antigüedad clásica, y acercarse al mundo de los oráculos griegos, mucho más cercano de lo que a primera vista cabría suponer.

He aquí el porqué de un libro como éste. En principio, parecía una tarea necesaria y pendiente en la bibliografía en lengua española confeccionar una introducción general a este tema para no especialistas, pero que sirviera también como reflexión y recopilación útil para el lector interesado y para el estudioso del mundo

antiguo. Además, como causa profunda, este ensayo responde a la tradicional búsqueda de respuestas vitales en el diálogo con los textos y opiniones de los hombres antiguos que, desde la Grecia clásica, nos siguen hablando de temas imprescindibles hoy.

Diez años después de su primera edición, el libro se ha dado de nuevo a las prensas actualizado, corregido y ampliado o matizado en algunos lugares. Pero, en esencia, el conjunto conserva la unidad, la intención y las características con las que fue concebido y continúa siendo, a mi ver, una contribución necesaria.

Así, en las páginas siguientes se pretende ofrecer una aproximación general a la adivinación en el mundo antiguo, centrándose en su desarrollo en la Grecia de los siglos VIII-IV a. C., pero con algunos ejemplos posteriores de época helenística y romana; una introducción que pueda orientar hacia otras lecturas más concretas, ya sea de los textos clásicos aducidos como ejemplo, o de monografías especializadas sobre las diversas facetas de esta antigua y misteriosa disciplina. Todo ello sin ánimo exhaustivo ni erudito, sino más bien evocando el mundo de los oráculos en las fuentes antiguas, para que sean sus propios testimonios los que nos permitan acaso vislumbrar el interior del templo de Delfos y sus secretos tan bien guardados. Desde los orígenes, formas y procedimientos de adivinación en el mundo antiguo, que se tratan en la primera parte, hasta las funciones y funcionamiento de los diversos oráculos y su relación con la política, la religión, el arte y el pensamiento, de la segunda, este libro se propone compendiar lo que podemos saber acerca de este tema. Y ello se hará, además, recorriendo los principales

oráculos del mundo griego, a los que se dedica la tercera parte, con la mirada libre de prejuicios que puedan oscurecer la comprensión de este fenómeno. Para ello, lo más idóneo será sin duda escuchar a menudo los testimonios de los antiguos, tal y como los transmite la literatura clásica, y no establecer comparaciones forzadas con nuestra época.

No hace mucho, uno de los más señalados expertos modernos en el oráculo de Delfos emprendía un estudio sobre la relación entre este santuario y la política de la Grecia antigua comparando, de forma provocadora, la democracia ateniense, en su consideración de lo sagrado, con el régimen de los talibanes en Afganistán. Es evidente que, a la hora de invitar al lector a estas páginas, siguen vigentes los mismos problemas y cuestiones con los que se enfrentó De Quincey hace más de siglo y medio.

Primera parte

Origen y formas de la adivinación
en la Antigüedad

1. El arte de Apolo: los orígenes de la adivinación

En la mitología griega, Apolo, el dios del laurel, la lira y el arco, el sereno señor de Delos y Delfos, es el soberano del arte inspirada de la adivinación. El profético Apolo es bello y armónico, pero también terrible y vengativo. El primer canto de la *Iliada* le atribuye la peste que azota el campamento de los aqueos, un castigo que procede, precisamente, de la deshonra que inflige Agamenón al sacerdote Crises, consagrado a Apolo. La primera obra de la tradición literaria occidental comienza con un adivino que pide amparo y venganza a su dios: «¡Paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas!» (Il. I 42). Apolo accede e, implacable, recorre las tiendas de los griegos sombrío y veloz —«semejante a la noche» (47), como dice Homero—, disparando su arco, que siembra la plaga. Ante el gran desastre y las piras de cadáveres, los griegos reunidos en torno a Troya se preguntan si es que hay un dios ofendido con ellos que les ha enviado tamaña calamidad